Lágrimas de arena

*por* Masha

El pequeño Gork daba un paseo con su abuelo. A cada paso, la arena desenterraba guijarros de colores que Gork miraba con agrado, recogía los más brillantes y los arrojaba con todas sus fuerzas a las dunas, para ver cómo rebotaban en ondas secas. Vio una roca más grande y brillante que las demás y la tomó con su pinza.

—¿Qué es esto, abuelito?, ¿el fósil de una estrella? Brilla mucho, es duro como una piedra, aunque liso. —Lo levantó hacía el solo purpúreo y vio varios reflejos, refractados entre sí, entre líneas de colores.

—Una piedra, transparente, inútil como todas las demás, aviéntala. —Gork tomó el diamante y lo guardó en el compartimiento de tuercas. Miró el lago Yarch, cuna de la civilización de la aldea Ikté. Las olas de arena mecían los veleros y se aproximaba una tormenta de polvo. Acrobáticas lagartijas saltaban antes de estrellarse contra la escollera y se veía el ir y venir de cardúmenes de escarabajos.

En la aldea Ikté se comerciaba con el camello, pero durante la cuaresma, los habitantes se dedicaban a la pesca de la iguana blanca.

 —Mira, un tesoro, no había visto algo así desde… —Bajo los pies metálicos del abuelo había una roca volcánica, la sostuvo entre su pinza negra y la mano terrosa, extremidades de un ser mitad barro, mitad acero.

Ante la mirada incrédula de Gork, el abuelo partió la roca en dos y vieron en su interior una enorme gota cristalina.

—Hijo mío, es agua, regalo de los dioses y la razón de nuestra vida. Siéntate y contempla conmigo esta maravilla. —En medio de rechinidos, ambas criaturas se acomodaron en la arena.

—¿Agua?, papá me dijo que eso no es más que una leyenda.

—Es que él no lo vivió, por su cuerpo no corre más que el *impium*, la fuente de poder que constituye tanto a niños como a adultos, pero yo…— Levantó su mano de barro, a veces ocre, otras rojiza, cubierta por una película brillante, mientras que sus dedos agrietados comenzaban a erosionar. —Hace tres mil años, el continente estaba rodeado de agua, era… esto, obsérvalo: algo fresco, vivo, tan salvaje que no se podía tomar con los dedos y tan luminoso que de él se originaba la vida. En esta transparencia se esconde en su interior la imagen de todas las criaturas vivas que alguna vez existieron. Observa, hay otro tú y otro yo en esta roca.

Gork calibró su mirada, los pernos de sus ojos giraron a mayor velocidad y pudo apreciar su reflejo en la gota del agua.

—¿Cómo puede reproducir nuestra imagen tan rápido?, ¿es tecnología de otro planeta?

—Es magia, cuando yo abrí los ojos por primera vez, el cielo no era marrón como ahora, sino que se llamaba azul, también le decían celeste… Era del color del reflejo del escarabajo negro y como una piedra llamada zafiro. En ese entonces, todo mi cuerpo era de barro y nuestra raza vivía a la orilla del lago Yarch. Por aquela época nos reproducíamos con el lodo, de donde se formaban nuestras parejas y ellas, con arcilla moldeaban a nuestros hijos… Con su poder, el agua daba vida a los peces, esos eran como las lagartijas pero sin patas ni el rabo largo, más bien tenían una cola, sí escamosa pero triangular, de colores brillantes como las piedras que te gustan, sí… muy escurridizos y frágiles. En ese entonces los lagos eran profundos y, en ciertas épocas, el agua se desbordaba y los árboles crecían… Los árboles… criaturas verdes que extendían brazos colmados de dedos y cuyas sombras nos mantenían frescos, hasta daban frutos que otras especies, según me contaron mis ancestros, se asemejaban a esferas llenas de azúcar, y sus los niños las comían como alimento. Cuando esa especie se extinguió, surgieron los Zerk, a quienes les vendemos iguanas y camellos y después, nosotros sustituimos el barro por metal y la fuente de poder, el *impium* vino de la energía ilimitada de la caída de estrellas.

—Suena imposible, abuelito, mi papá dice que siempre hemos sido así y que tú…cambiaste a voluntad tu tenaza por barro, por algún tipo de ritual.

Los dos estaban sentados en el suelo, rodeados de jade y graba y la tormenta de arena amainó en los alrededores de la aldea Ikté.

—Eso pasó en este continente, no dudo que, en el resto del planeta, las cosas hayan ocurrido igual. El anciano de mi aldea decía que nosotros éramos descendientes del humano, las criaturas que comían de los árboles y que sus cuerpos no eran ni grises, cafés o plateados, sino del color de este guijarro. —Y le mostró una piedrecilla rosada—. Y su tacto era tan suave y agradable como las panzas de las lagartijas. Los humanos se metían en el agua para revitalizarse, pero lo más impresionante ocurría cuando…

Gork lo interrumpió porque empezaba a llover. Del cielo, minúsculas esferas de oro se proyectaban con el piso, hundiéndose en la arena. Algunos lagartos abrían sus fauces y las tragaban, lo que les daban color a sus escamas. El niño y el viejo corrieron de vuelta a su hogar de granito.

—La lluvia es lo más bonito del mundo, ¿no lo crees abuelo?, pero prefiero contemplarla desde aquí.

—Antes, lo que caía del cielo también era agua.

—Imposible, me has dicho hasta el cansancio que era un regalo de los dioses, ¡cómo se podría desperdiciar así un elixir sagrado! Te pude haber creído que los “humanos” vivieran cerca del agua, que la bebieran alguna vez a la semana y que la usaran para revitalizarse, como hacemos nosotros con el aceite con el que nos damos brillo, pero que caiga al suelo y ya, ¿llenaba de vida la tierra?, ¿y por qué entonces aquí no hay nada más que arena? Ni lo entiendo ni me interesa.

—Antes… —Gork, desvió la mirada. Ese antes, que de más joven le hacía pensar infinidad de historias comenzaba a parecerle ridículo, como si el barro en su abuelo le estuviera contaminando el dispositivo de almacenamiento de memoria. —En el origen del mundo, se le habrá rendido tributo al dios del agua para que nunca faltara, pero… quizá los otros dioses se enojaron con él y lo aniquilaron, por eso se habrá acabado.

Gork no respondió y el abuelo interpretó su silencio. Gork se negó a aceptar las palabras del viejo, aunque la piedra volcánica que encerraba en sus poros a aquella gota de agua, lo llevó imaginar brazos cafés que extendieron sus dedos verdes hasta el cielo, “humanos” de piel rosa brillante comiendo hojas y humanos más pequeños felices por probar esferas de azúcar, lo que sea que fuere eso. Un lugar donde la lluvia no fuera dorada, ni el cielo sepia. Un perno derecho de Gork giró suavemente contra su voluntad y dejó correr una gota de electrolito, a la que siguieron otras más.

—Siempre he pensado, abuelo, que nosotros somos muy diferentes de las lagartijas y camellos, porque nuestro cuerpo es sólido y frío, podemos arreglar los cables de nuestro mecanismo y nuestra vida es por mucho más larga que la de otras razas, como si en realidad, ellos fueran las criaturas hijas de los dioses y nosotros, existencias artificiales.

El abuelo seguía sosteniendo en su mano la roca y la gota en su interior no se evaporaba, mientras que, a cada palabra, no paraba de emitir ondas.

—Abuelo, no sé por qué, pero... también he pensado que todos aquellos que murieron antes de nosotros se secaron hasta convertirse en polvo, de esta manera, nosotros somos los habitantes del cementerio del continente, como si el lago Yarch se hubiera llenado del dolor y el llanto de todos, excepto el nuestro, que si hiciera contacto con ellos no haría más que quemarlos… Si mi papá me oyera hablar así se molestaría mucho, él siempre dice que hago mal en escuchar tus delirios, pero, quizá el también se ha cuestionado su existencia… no crees, abuelito.

—Es posible, antes… —Y esa palabra causó que Gork torciera la salida de audio de su cuerpo, en un intento de sonrisa. —Si es que ese antes de verdad existió, el llanto de hombres y mujeres también era líquido como su sangre y saliva. Sus cuerpos se movían de forma fluida por el agua que, como combustible, se ocultaba bajo sus pieles, no como lo somos ahora.

—Tú alguna vez fuiste un gólem, yo soy un *makinë.*

—¿Y te gustaría dejar de serlo por un momento? —Los pernos de Gork giraron al mismo tiempo reflejando la duda de su sistema de memoria, pero también surgió en él el deseo de formar parte de un mundo de fantasía.

Tras la respuesta, el abuelo lo guio al taller, donde se cercioró de que ambos estuvieran a solas. Sumergió su árido dedo en la gota de piedra volcánica y sintió un cambio de textura, pero no se detuvo. con la tenaza, abrió el compartimiento Gork que se hallaba a la altura de su pecho y donde quedaba como único recuerdo de su origen una pequeña esfera de arcilla. Con el dedo deshecho por la humedad, el abuelo tocó el “corazón” Gork hasta que este cambió a un color más intenso.

—Cierra los ojos e imagina que también eres de barro, entonces ve más allá y piensa en los humanos del pasado. Di en voz alta que deseas convertirte en un hijo del agua como ellos y nadar con los peces, navegar en una balsa, bañarte en un lago y admirar el cielo índigo por las noches… beber del rocío de plantas y frutos y sobre todo…

—Ver caer la lluvia y mojar mi piel con ella.

—Ahora abre los ojos…

Gork vio sus manos cubiertas de barro, tanto más suaves que sus tenazas, aunque temía tocarse con tal brusquedad que pudiera romperlo. Frotó entre sí sus dedos y vio caer polvillo, bajo esa capa terrosa había piel, como la de los ancestros de su abuelo. Una piel que no tenía el tono rosado de aquel guijarro que habían visto, sino que era más bien de un tono de arena clara. La sensación bajo sus pies le pareció desconocida: era una alfombra de pasto y cuando miró hasta donde le alcanzaba la vista se encontró en medio de dos lienzos de seda azul, uno más profundo era el lago Yarch y arriba, con un solo anaranjado, se veía el cielo.

Gork corrió y le sorprendió que sus miembros no rechinaran, su cuerpo era ligero y ágil, como lagartijas corriendo contra el viento, por todos lados había árboles, o al menos creyó que debían ser, aunque no se parecían a los brazos cafés con infinidad de dedos verdes. Vio animales que escapaban de los relatos de su abuelo, pero nada de personas, caminó y caminó, de su frente escurría agua, pero al probarla, el sabor le resultó horrible, muy diferente de su saliva, la que recorría con la lengua. Se detuvo cerca de un huerto, donde vio a una niña que regaba hortalizas. Cerca de ella un radio le hacía compañía. Gork encontró la tecnología de ese sitio demasiado simple, aunque de igual forma le gustó. El chorro de la regadera hacia las plantas parecía una lluvia de piedras transparentes, como la que había encontrado en la arena, pero éstas desaparecían en la tierra.

Ver el agua caer le dio risa, y con asombro se acercó a las plantas. Vio una planta de jitomate a punto de ser cosechada, la esfera de azúcar. Lo arrancó y trató de comerlo de un solo bocado con lo que el jugo se le escurrió por la barbilla, la sensación del líquido corriendo por su garganta lo hizo toser y el sabor apenas si le gustó más que su sudor.

A lo lejos, en el lago se alcanzaba a ver un bote de pesca y Gork se dirigió a la orilla. La tierra y plantas bajo sus pies lo hacían sentir fresco, como el toque de su abuelo.

—Es más hermoso de lo que soñé, incluso de más chico, tanto así que mis ojos hormiguean. ¡Estoy llorando! —Gritó con toda la fuerza de sus pulmones—. Lloraré hasta que el lago se desborde, para que nada cambie lo que soy ahora. Soy un hijo del agua, cielo y lago son ahora mi mundo y razón de existir. ¡Quiero perderme en el azul y jamás regresar a lo que antes llamé hogar!

Sus palabras llegaron hasta el cielo y el cambio repentino en las nubes desconcertó a Gork, el viento enfriaba bastante y los ahora cirros lucían grisáceos.

—Gris y oscuridad, ya he tenido bastante de eso. Agua, regáñame todo lo que quieras porque lo merezco, seguramente mi gente no te escuchó y nos perdimos de tu lado. Necesito abrazarte.

 Se adentró en el agua, ignorando que no sabía nadar, vio algo que salía a la superficie, peces, y arriba garzas. Un rayo, seguido de un retumbar del cielo le parecieron a Gork la voz amorosa, pero al mismo tiempo grave de un padre, mientras que el rumor del oleaje del lago, el tono cálido de la compañera que alguna vez relató el abuelo.

—¡Gotas de lluvia, hermanas mías! Son miles de hermanas; miles de hijas tuyas, imposible sentirse solo a su lado, me acarician la cara y los brazos y me reciben como uno de los suyos, un ser que fluye.

—¡Cuidado! —Le gritó la niña de la huerta— ¿Quieres ahogarte? —y ella lo llamó hacia la orilla.

—Quiero ir a mi hogar.

—No digas tontería, ven conmigo. —La niña lo agarró de la mano y lo jaló hacia ella, quien miraba con curiosidad el cuerpo Gork, aún cubierto de barro. En su rostro, los ojos azules le indicaban al niño que se ella también hija del lago o del Cielo, pero no estaba dispuesto a compartir tan importante mérito. Gork se soltó de su apretón y corrió al lago, que borró toda marca de lodo de su piel, incluso a él mismo.

—Ya pasó un segundo hijito, abre los ojos. —La ronca voz del abuelo hizo que el pequeño *makinë* terminara su visión, en el compartimiento de su pecho, la esfera de arcilla se había desintegrado, igual que el brazo de barro.

—Fue tan hermoso. —Y de nuevo las gotas del electrolito escurrían por sus mejillas—. Me encontré con mis verdaderos padres, abuelito y sentí que…

—Lo puedo imaginar.

—¡No, no puedes! —abrió el compartimiento de las tuercas y sacó el diamante, lo arrojó al lago de arena con todas sus fuerzas y vio como un lagarto se lo comió—. Abuelo, si de verdad me quieres, destrúyeme. No puedo pasar miles de años sintiéndome así. ¿Para qué compartirme algo tan grande si al final voy a odiar lo que he conocido desde siempre?

El abuelo dijo que buscarían más rocas volcánicas, que por esa razón salían a pasear a diario por las orillas del lago, pero Gork le señaló que sin su brazo de barro y la esfera del pecho era inútil.

Gork, desencajado se dejó caer en el suelo con un el agudo chirrido de su cuerpo metálico. El abuelo, consciente de lo que había provocado, quiso confortarlo con un abrazo, mientras que reseteaba el dispositivo de memoria de su nieto, después hizo lo propio para sí mismo.